

Reseñas

RUBÉN SALAZAR MALLÉN, *Alternativas del antiimperialismo latinoamericano*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1985, 81 pp.

La fecunda labor de Rubén Salazar Mallén como cuentista y novelista no está desvinculada de sus ensayos y reflexiones propiamente políticos. Podríamos decir que el sustrato de su escritura lo constituye su afán de rebeldía que, al cobrar forma en la página impresa, se convierte en rebelión creadora. Este *ethos* o *pathos* rebelde puede detectarse en las diversas épocas de su larga vida: ya sea en el proceso judicial en su contra por utilizar lenguaje obsceno e irreverente en su novela *Cariátide*, con la cual inaugura corrientes de la narrativa mexicana contemporánea, o bien en sus militancias políticas variadas —pero jamás bajo el cobijo del Estado— que lo colocan en una situación de verdadera independencia intelectual, es decir, de marginación de la vida política y cultural de nuestro país. Si uno acepta la premisa de la rebeldía en la persona y en la obra de este último sobreviviente de la generación de los *Contemporáneos*, es interesante ver cómo se plasma su incorformismo en la crítica ideológica.

Una aclaración inicial es que el pensamiento de Salazar Mallén no se coloca en las filas de lo que se ha denominado la “ideología crítica”, nutrida del marxismo hegeliano centroeuropeo, que ha tenido grandes repercusiones en la intelectualidad progresista latinoamericana y se ha convertido gradualmente en una ortodoxia o en una moda ilustrada. Como he afirmado, lo que Salazar Mallén esboza en este breve ensayo es una crítica ideológica. Un mérito que debemos reconocer en los ensayos políticos del autor es su renuncia explícita a interpretar las ideas, sabedor de que la interpretación es ya una forma de distorsionar el pensamiento original. Por eso, abundan en esta obra grandes extractos de los textos originales de Víctor Raúl Haya de la Torre y de Julio Antonio Mella, cuyos postulados por un socialismo iberoamericano (o “indoamericano”) son el objeto del libro.

La hipótesis fundamental de Salazar Mallén es que la razón del dominio político y económico estadounidense sobre el continente americano no obedece exclusivamente a la fuerza del Destino Manifiesto —que para él no es una idea sino un sentimiento— y a la astuta aplicación de la Doctrina Monroe, sino a una aparente debilidad endémica y a los errores de los “detentadores y los agentes del poder público en la América Latina”. Otra parte de su tesis es que, si bien es cierto que Washington representa una forma clara de imperialismo, Moscú no es de ninguna manera la instancia salvadora, pues ambas imponen ominosas formas de dependencia. Para ilustrar lo anterior, Salazar Mallén escoge ejemplos históricos claros. Así, la Doctrina Monroe y la entrega de la soberanía de algunos países iberoamericanos recibieron la sanción del primer representante de Colombia ante Estados Unidos, Manuel Torres, quien contribuyó en cierta manera a la elaboración de dicha doctrina; la de Emilia-

no Chamorro, representante nicaragüense ante Washington que firmó, sin darse cuenta, un tratado que cedía a perpetuidad a Estados Unidos el derecho a mantener un canal interoceánico; y también la sanción del Tratado Mac Lane-Ocampo, que comprometía la soberanía de México (el senado estadounidense afortunadamente no lo aprobó).

Las dos partes restantes del libro hacen una crítica del socialismo iberoamericano, cuyas encarnaciones serían Fidel Castro Ruz y César Augusto Sandino. El primero cristaliza el pensamiento del “socialismo dependiente” del cubano Julio Mella, mientras que el segundo representaría la veta más pura del “socialismo iberoamericano independiente” de Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador en 1924 de la Alianza Popular Revolucionaria de América (APRA), que tenía por adversarios el “feudalismo plutocrático en el campo nacional y el imperialismo y el comunismo en el internacional”, además de reconocer que la “lucha de los pueblos por su desarrollo no es una lucha de clases sino de pueblos”. La conclusión a la que llega Salazar Mallén es idéntica a la del profesor Jorge Domínguez de la Universidad de Harvard, aunque las razones que los llevan al mismo punto son diferentes. Domínguez, mediante un análisis estratégico-militar, afirma que tanto la Unión Soviética como Estados Unidos son “potencias subversivas”, y por ello es necesario evitar su injerencia en los asuntos netamente iberoamericanos. Salazar Mallén llega a esta misma afirmación por la ideología.

El libro de Salazar Mallén, que tiene aspectos polémicos y didácticos, nos sugiere un sinfín de reflexiones sobre la realidad iberoamericana contemporánea. Por otra parte, nos obliga a una revisión del “enfoque dependientista” iniciado por Raúl Prebisch, que ha tenido tantas derivaciones y, desde luego, aberraciones. Sin proponérselo, este opúsculo nos hace pensar en la sentencia vasconceliana, repetida por José Gaos, que anuncia la consistencia del “ser” iberoamericano como una actualización del “ser” europeo, o en este caso, del “ser” estadounidense y soviético. En el pensamiento de Salazar Mallén existe un hondo sentir bolivariano, que no resulta incompatible con su actual posición anarquista e inconforme. Su anarquismo, derivación postrera de su rebeldía, es muy afín con lo expresado por Simón Bolívar en una de sus últimas cartas: decía el prócer iberoamericano que tal vez su actividad política había sido similar a “arar en el mar o a sembrar en el desierto”.

JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GARCÍA

NATHANIEL DAVIS, *The Last Two Years of Salvador Allende*, Ithaca, Cornell University Press, 1985

Lo ocurrido en Chile el 11 de septiembre de 1973 parece no dejar de interesar a las editoriales norteamericanas. En efecto, en los últimos años han visto la luz varios libros que tienen por objeto discutir los acontecimientos previos al golpe de Estado que derrocó al presidente Allende y destruyó el régimen democrático chileno. Este interés, que sigue vivo a diez años de los acontecimientos, indica que lo ocurrido en Chile entre 1970 y 1973 no deja tranquila la conciencia de muchos de los que, al norte del río Bravo, desempeñaron un

papel en esos hechos. El ejemplo más reciente de lo anterior es el libro que ha escrito quien fuera embajador de Estados Unidos en Chile entre el 13 de octubre de 1971 y el 30 de noviembre de 1973, el señor Nathaniel Davis. *Los dos últimos años de Salvador Allende* constituye un esfuerzo del ex-embajador por dar su versión de los acontecimientos, y a la vez un intento por limitar y circunscribir cualquier responsabilidad que pudiera corresponderle en los hechos que presenta y analiza. Es, al igual que las *Memorias* de Henry Kissinger, un testimonio para la posteridad de lo que Davis vio “desde las ventanas de la embajada de Estados Unidos” en Santiago (así se llama, por cierto, el libro de otro ex-embajador de Estados Unidos en Chile: Claude Bowers, *Chile From Embassy Windows (1939-1953)*, Nueva York, Simon and Schuster, 1958).

El libro de Davis puede subdividirse en dos partes: la primera, que abarca los diez primeros capítulos, es una reconstrucción cronológica de los acontecimientos en Chile desde la llegada del embajador a Santiago. No obstante el intento por lograr una reconstrucción objetiva, Davis seleccionó únicamente los hechos que llamaron su atención. Baste mencionar algunos de los títulos de los capítulos: “Castro y las cacerolas vacías”, “La política chilena y los problemas hacia el norte”, “Los extremistas de izquierda, los mineros y los camioneros”. Podría uno esperar que se mencionara también el mejoramiento substancial en el nivel de vida de los grupos populares, el incremento de la producción industrial a partir de noviembre de 1970, y el clima de esfuerzo y participación que existió en el país en los primeros meses del gobierno allendista. La segunda parte, que abarca los cinco capítulos finales, constituye un análisis de cuestiones polémicas. Baste mencionar otra vez los títulos de algunos de los capítulos para formarse una idea de lo que preocupa a Davis: “¿Asesinato o suicidio?”, “El papel encubierto de Estados Unidos: 1971-73”, “Las acciones norteamericanas y el golpe”, “El gobierno militar”. Las dos partes se basan en documentación de segunda mano, pero también en datos de los servicios económicos y políticos de la embajada y en información que obtuvo Davis en entrevistas a personas que participaron en el drama, como el ex-general Javier Palacios (quien tuvo a su cargo la “toma” de La Moneda), el ex-presidente Eduardo Frei (con quien Davis tomaba té una vez al mes en Santiago), el ex-canciller de Chile, Clodomiro Almeyda (en cuyo favor escribió una carta nada menos que Kissinger, cuando Almeyda estaba prisionero en la Isla Dawson). Cabe añadir que Davis hizo una lectura exhaustiva de la prensa que, con posterioridad al derrocamiento, describió sus antecedentes y sus pormenores. Davis presenta detalles que a veces sorprenden por lo locuaces que fueron en las entrevistas los actores del golpe y por lo íntimo de las fuentes del embajador: utiliza los diarios de sus hijos y las cartas de su esposa a su madre como base de la descripción de ciertos momentos.

No es el caso reseñar aquí los acontecimientos que ocupan al autor. Ello ha sido motivo de múltiples libros, tanto de quienes fueron partidarios del régimen y participantes en el mismo (mencionaremos sólo a Carlos Altamirano y Sergio Bitar) como de los que observaron lo que ocurría desde la distancia (citaremos, por ejemplo, los trabajos del profesor Paul Sigmund y los de Robert Alexander). Es decir, lo que pasó está ya en la memoria de todos los que tuvieron interés en el proceso de la Unidad Popular. Lo que queda aún por dilucidar —tema prácticamente inagotable— es el significado de esos acontecimientos y el peso que se otorga a diversos factores en los análisis. En el caso

del libro de Davis, mencionamos ya la selección de algunos hechos y el olvido de otros como primer indicador de la técnica utilizada. Quisiéramos aludir ahora en forma más detallada a algunos puntos que pueden cuestionarse, incluso desde la perspectiva "factual" que utiliza el autor.

En primer lugar, y no por casualidad, Davis presenta lo que Costa-Gavras inmortalizó en la película *Missing*, que es la adaptación cinematográfica del libro que publicó Thomas Hauser en 1978 con el título *La desaparición de Charles Horman*. El caso de Horman, ciudadano norteamericano que desapareció el 17 de septiembre de 1973 y cuyo cadáver se encontró en la morgue de Santiago el día 30 de ese mes, ilustra el papel de la embajada de Estados Unidos en la represión que se generalizó en la capital y en el resto del país desde la tarde del 11 de septiembre. La versión de Davis termina por inducir al lector a pensar que la embajada no pudo hacer nada para evitar lo que ocurrió, y que de ninguna manera puede aceptarse lo que sugieren el libro de Hauser y la película de Costa-Gavras: que un oficial adscrito a la misión militar estadounidense en la embajada en Chile, quien llevó a Horman y a una amiga suya de Valparaíso a Santiago el sábado 15 de septiembre, lo delató a las autoridades militares chilenas. La "demostración" de Davis recurre al enfoque "factual" (que incluye la mención de telegramas desde y hacia Panamá en los días mencionados) para probar la inocencia de todos los funcionarios norteamericanos en el caso en cuestión. Esto respalda la demanda de Davis y otras personas contra la empresa que realizó la película. Vale la pena mencionar lo que Harold Edelstam, embajador de Suecia durante el gobierno de Allende, dijo acerca de Davis. Edelstam declaró que tuvo que proteger a ciudadanos norteamericanos perseguidos por el régimen militar, dadas la indiferencia y la negativa a protegerlos que encontraron en su propia embajada. Esta declaración y los antecedentes mencionados son reveladores de la posición de la embajada norteamericana en esos días álgidos.

También es discutible el análisis del papel de los estadounidenses en el financiamiento de la movilización de camioneros, mineros, profesionistas y partidos políticos de oposición entre 1971 y 1973. Si bien es difícil cuestionar la lógica de Davis, que da por hecho que ni al gobierno de Estados Unidos, ni a la CIA, ni al Pentágono les convenía verse involucrados en la política chilena después de los acontecimientos del segundo semestre de 1970 (cuando fue asesinado el comandante en jefe del ejército de Chile, general René Schneider, con la injerencia directa de la CIA), podríamos dudar de lo que el ex-embajador trata de hacernos creer: que las dos huelgas de los dueños de camiones, la huelga de la mina de cobre El Teniente entre abril y julio de 1973, y los diversos movimientos de profesionistas (como la huelga de los supervisores de Chuquicamata en agosto de 1971, que misteriosamente olvida Davis) tuvieron un carácter nacional y no se beneficiaron del apoyo logístico de quienes se ganan la vida subsistiendo los regímenes que no apoya Estados Unidos. En el estudio del problema de los mineros del cobre, brilla por su ausencia el recurso a fuentes de información chilenas y la utilización exclusiva de los escritos de quienes tenían, como el señor Norman Gall (p. 101), el objetivo de deformar lo que ocurría en las minas.

Mención aparte merece el capítulo dedicado a reconstruir las circunstancias de la muerte del presidente Allende. Basándose en fuentes secundarias como son los textos de Robinson Rojas, en algunas declaraciones de los direc-

tamente involucrados (como el general retirado Javier Palacios, a quien Davis entrevistó en Nueva York), y en testimonios citados en algunos artículos periodísticos (especialmente en los de Jonathan Kandell, corresponsal del *New York Times*, en Chile entre 1971 y 1973), el embajador trató de acreditar la tesis del suicidio con lujo de detalles, que incluyen una descripción minuciosa de los movimientos de quienes se encontraban en La Moneda el día 11 de septiembre hasta la entrada de los militares y el desenlace por todos conocido. ¿Por qué este esfuerzo detectivesco respecto a un acontecimiento cuyo significado no reside precisamente en cuestiones formales? ¿Qué busca aclarar el ex-embajador al detallar si los pasos de unos fueron en una dirección y los de otros en la contraria? Es en este cometido donde mejor resalta la trampa del estudio "factual" de los hechos, ya que se dice muy poco de lo que es central: el presidente Allende llevó su compromiso con el proceso que había iniciado hasta sus últimas consecuencias y no transó en nada, contrariamente a lo que muchos esperaban que hiciera, incluyendo a los responsables del golpe de Estado.

En suma, el libro de Davis, si bien anota con rigurosidad las fuentes de sus afirmaciones y trata de construir una descripción en la que nada pueda tomarse como especulación (lo cual es un progreso notable en comparación con otros trabajos que no se molestan en fundamentar lo que dicen), nos coloca frente a un dilema que puede formularse de la siguiente manera: ¿es posible dar cuenta de lo que ocurrió en Chile entre 1970 y 1973 sólo con base en lo que puede reportarse "factualmente"? ¿No será necesario buscar un poco más lejos y ver el sentido, las implicaciones intagibles, los cálculos sordos de los actores al planear y llevar a cabo sus iniciativas? ¿Es posible "medir" lo que ocurrió en Santiago en esas semanas críticas de julio y agosto de 1973? El libro de Davis será la fuente de la visión norteamericana de los hechos pero también es ejemplo de los límites que tiene esa visión cuando enfoca procesos como los de Chile.

FRANCISCO ZAPATA